



**SENCILLEZ DE
CORAZÓN.
Reflexiones
sobre las cartas
de María
Mazzarello**

FORMACIÓN

SALESIANA

1. INTRODUCCIÓN

El matrimonio responsable de preparar el tema hace una breve introducción del tema y el por qué lo han elegido.

2. ORACIÓN

Comenzamos invocando al Espíritu Santo

Ven, Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor.

V. / Envía tu Espíritu y todo será creado.

R. / Y repuebla la faz de la tierra.

Oremos: Oh Dios, que has iluminado los corazones de tus hijos con la luz del Espíritu Santo; haznos dóciles a sus inspiraciones, para gustar siempre el bien y gozar de su consuelo.

Por Jesucristo nuestro Señor.

Amén.

Leer texto bíblico.

3. IDEARIO

• Lectura de un párrafo del Ideario.

Hacemos un breve comentario para su comprensión y asimilación.

En cada reunión se leerá un párrafo elegido de forma consecutiva con el objeto de ir conformando paulatinamente el conocimiento del mismo.

“No se ama lo que no se conoce”

4. SENCILLEZ DE ORACIÓN. M^a MAZZARELO

Al leer las cartas de María Mazzarello [2] me ha impresionado sobre todo la sencillez de su lenguaje y de su espiritualidad. La sencillez del corazón ha sido siempre en la tradición espiritual un signo de espiritualidad genuina.

Los monjes la llamaban la pureza del corazón.

El corazón sencillo es en sí claro, lleno del Espíritu de Dios. Ve las cosas así como son. No introduce las partes propias de sombra en las cosas y en las consideraciones de las personas. La sencillez es señal que uno se conoce bien a sí mismo, que se acepta con todas sus zonas de sombra. El corazón es sencillo porque está unido a Dios.

El corazón sencillo de María Domenica Mazzarello está al mismo tiempo lleno de gran alegría. Continuamente repite en sus exhortaciones: “¡Estad alegres!”

Esta no es la exhortación formal de una persona que no está contenta, también manifiesta la serenidad de aquellos a los que escribe. Se percibe así misma del mismo modo con el que describe a las hermanas, cuenta los acontecimientos y se dirige al destinatario con un cierto humor. Sobre todo se demuestra el humor de María en el modo de hablar de sí misma.

Su estilo no tiene nada que ver con la tendencia a desvalorizarse a sí mismo, que en el Ochocientos se percibe en muchos religiosos. De su amor propio la Santa habla de este modo: “Tengo tantísimo, que a cada momento tropiezo y caigo al suelo como un borracho” (C 9,9). Así, sólo puede escribir una mujer que tiene una cierta distancia interior de sí misma, que sabe reírse de sí y mirar con serenidad los propios límites, sin despreciarse.

La sencillez del corazón se manifiesta en el modo con el que María escribe sobre la situación de cada casa. No es un estilo suntuoso con el que las realidades vayan cubiertas bajo un manto de espiritualismo. María dice las cosas como son. No utiliza trampas para embellecer las situaciones escabrosas. En todas las dificultades no se ve en ella ninguna disposición de ánimo depresivo o lloroso. Acepta las situaciones tal como son. Habla, por ejemplo, abiertamente de las salidas del Instituto, sin condenar a las hermanas que han dejado la comunidad. Da relación de la muerte de las hermanas jóvenes, pero lo hace sin énfasis y sin autocompasión. Más bien, es obvio para ella que vayamos todas al Paraíso. Y también del paraíso sabe escribir de manera bastante humorística, sin el estilo demasiado solemne que caracteriza ciertos manuales de espiritualidad.

1. Características de la espiritualidad de María Mazzarello

La espiritualidad de María Mazzarello se basa en las exhortaciones que ella dirige a sus hermanas. A la directora de Montevideo, Sor Ángela Vallese, escribe: “Anímalas a que sean humildes, obedientes y amantes

del trabajo; a obrar con recta intención, a ser sencillas y sinceras siempre y con todos”.

Que estén siempre alegres; corrígelas con caridad, pero no transijas con ningún defecto. Un defecto corregido a tiempo no es nada; pero si se le deja echar raíces, se necesita trabajo para desarraigarlo” (C 17,1). En la misma carta continúa: “Está alegre y no tengas tanto miedo de tus defectos y de no poderlos corregir todos de una vez, sino que, poco a poco, con buena voluntad de combatirlos, sin hacer nunca las paces con ellos, cuando el Señor te los de a conocer, haz lo posible por enmendarte, y verás cómo los vencerás todos. ¡Animo, pues, ten gran confianza en Dios y desprecio de ti misma y verás cómo todo te irá bien” (C 17,4).

Obediencia

El acentuar obediencia y humildad podría aparecer hoy demasiado sospechoso. Sin embargo, en el comienzo de una comunidad religiosa, era la obediencia la virtud que contribuía para unir la comunidad. Sin obediencia la comunidad no habría podido cumplir lo que a través de ella se ha realizado. La obediencia es la disposición para ponerse al servicio de las necesidades de la comunidad.

María no habla de modo idealizado de la obediencia, sino con sobriedad. La obediencia es simplemente necesaria a fin de que la comunidad crezca. Para ella la obediencia está unida estrechamente a la confianza. Recomendaba a menudo a sus hermanas que tengan confianza con sus Directoras. Alguna vez señala todos los motivos. Evidentemente había directoras con las cuales las hermanas tenían dificultades. María anima a la confianza. Ella no moraliza y no impone la obediencia, aunque sea la superiora. Con frecuencia quiere dar ánimo a las directoras. Ella admite que tienen sus límites, pero se debe también reconocer la buena voluntad. La obediencia hacia estas directoras en concreto está en función de la unidad de la comunidad. La rebelión dividiría la pequeña comunidad.

Humildad

Humildad es el coraje de mirar las propias zonas

de sombra y aceptarse a sí misma con la propia humanidad y limitación. La humildad como *humilitas* tiene que ver con el humor. Porque *humilitas* es la disponibilidad para aceptar el propio *humus* y este lleva al humor. La humildad que María recomienda no tiene nada en común con la auto denigración o el desprecio de sí. María dice al mismo tiempo que las hermanas no deben tener miedo de sus defectos. Ella no quiere el perfeccionismo, pero sí la disposición de ponerse en el camino de un sincero conocimiento de sí mismo. La humildad está así unida a la libertad del miedo, a la sinceridad y a la autenticidad.

Esta autenticidad, hermana de la sencillez del corazón, se encuentra en todas las cartas de María Mazzarello. No se autoensalza, ni se empequeñece.

Con frecuencia se reconoce así como es y de este modo se pone en contacto con cada hermana. Escribe tanto a la simple novicia como a las directoras.

No hay evidentemente ninguna barrera entre ella y las hermanas jóvenes que han entrado en el Instituto. La humildad está en María como un servicio de la capacidad de relación. Renuncia a distanciarse como superiora de las otras y se siente como hermana entre las hermanas.

Amor al trabajo

Otra recomendación que se ve en tantas cartas, es la invitación para amar el trabajo y a trabajar con recta intención. El trabajo es para ella “el padre de las virtudes, con el trabajo desaparecen los grillos y se está siempre alegre” (C 25,5). Se percibe en las cartas que María realiza el trabajo con agrado. A decir verdad, sin embargo alguna vez se lamenta de tener demasiado. Se excusa alguna vez de no tener tiempo suficiente para responder a las cartas, porque el trabajo es intenso. También constata los límites del trabajo, por lo que exhorta a Sor Angelina: “A la vez que te recomiendo el trabajo, te recomiendo también que cuides de la salud y os recomiendo a todas que trabajéis sin ambición, sólo por agradar a Jesús” (C 25,5). El trabajo encuentra su límite en la propia salud, en cuanto que la resistencia física nos da la medida. También el espíritu sin embargo señala cuando hay demasiado trabajo; se reacciona de mala gana, con agresividad, descontento o irritación, es señal que se

han sobre pasado las medidas.

Otro criterio para identificar un trabajo rico de bendiciones es para María la ausencia de segundos fines. Si yo quiero afirmarme a mi misma en el trabajo, entonces enseguida me siento agotada. Si por el contrario el trabajo proviene de una fuente interior, entonces puedo trabajar mucho. Para María la fuente interior no es sólo la fuente del Espíritu Santo, sino el amor a Jesús. Si yo realizo mi trabajo por amor a Jesús, eso me da alegría.

Y puedo trabajar más que si me pongo bajo la presión del rendimiento.

Alegría

La invitación para estar siempre alegres no genera de por sí la alegría. La pregunta es cómo las hermanas pueden adquirir esta alegría. María Mazzarello pone como condición la sencillez del corazón: “Para estar alegre hay que ir adelante con sencillez, sin buscar satisfacciones ni en las criaturas, ni en las cosas de este mundo” (C 24,4). Este consejo María lo dirige a Sor Giuseppina Pacotto, que evidentemente sufre de melancolía y tristeza. La alegría no es simplemente un don o una disposición natural; se consigue si interiormente somos sencillos y claros y si superamos la dependencia de las cosas de este mundo. Quien está dependiendo de las alabanzas o del reproche, del éxito o del fracaso, del afecto o del rechazo, no conseguirá jamás estar alegre. No experimentará nunca, en efecto la satisfacción de sus necesidades. De las alabanzas que reciba no se saciará nunca.

María está convencida que la alegría es el más importante de los supuestos para una espiritualidad sana. Los psicólogos dicen que la alegría puede curar a la persona. Esa es una fuente de energía vital que no desaparece fácilmente. Si nosotras vivimos sólo a merced de nuestra voluntad, pronto nos sentiremos destruidos. Si en las ascesis nos exigimos, entonces agotamos fácilmente nuestra energía interior. La alegría por el contrario nos pone en contacto con la fuente de la energía que brota en cada uno de nosotros.

María sin embargo sabe que no basta sólo

recomendar estar alegres. Ella procura también las condiciones a fin de que las hermanas puedan estar alegres. Una condición es que la comunidad aprenda a celebrar de modo bonito las fiestas, de modo que todas puedan alegrarse. El hacer teatro era un medio importante para promover esta alegría.

A una hermana que sufre melancolía escribe: “Da gracias que estoy lejos, si no, te tiraría de las orejas, ¿no sabes que la melancolía es causa de muchos males?” (C 24,3). Y le hace comprender que la melancolía es expresión de actitud infantil. En vez de mirar sobre sí misma y compadecerse, suor Giuseppina debe hacerse adulta y asumir las responsabilidades de la comunidad. Esto le ayudaría a salir de sí misma. María escribe a esta hermana un poco depresiva no moralizando, sino en tono humorístico. Esta modalidad hace mucho más que si se molesta o enfada por la melancolía que sufre la hermana.

En la carta 60 María escribe a la novicia Sor Rita Barilatti: “Para esto hemos venido a la vida religiosa, por lo tanto, ánimo y siempre gran alegría, esta es la señal de un corazón que ama mucho al Señor” (C 60,5). Junto a la alegría habla a menudo del ánimo. La alegría no se puede directamente exigir o simplemente aspirar a ella. La alegría es siempre expresión de una vida realizada. María anima a las hermanas a aceptar la vida religiosa como es. Quien se lanza a tener este ánimo, de decir sí a esta vida, estará contento de sí mismo y la alegría podrá crecer en él. El coraje de aceptarse incondicionalmente a sí mismo y a su propia situación existencial es por tanto la premisa de la alegría.

Y hay todavía otra: el amor a Jesús. Alegría es siempre la expresión de amor. Quien ama está alegre. Así el amor a Jesús es el fundamento de una vida que lleva la impronta de la alegría. De las cartas de María se transparenta su sencillo y afectuoso amor a Jesús. No es artificial, existe sencillamente. Ella vive de esto. De El saca la fuerza para asumir su responsabilidad en la comunidad.

Abnegación

María exhorta continuamente a las hermanas a pisotear el amor propio y a mortificarse. Las

expresiones revelan una ascesis exigente que podría llevar a la mortificación y no a la realización de sí. También es importante considerar exactamente las expresiones de María. Escribe sobre la renuncia a la propia voluntad con un cierto humor. No se enfada por tanto contra la propia voluntad, pero sabe que se introduce siempre furtivamente en nuestro modo de ser. Los místicos de todos los tiempos hablan de la muerte del yo, del desprendimiento del ego. No se trata de matar el ego, esto es de ser agresivos contra uno mismo, sino que se trata de tomar una cierta distancia del ego.

El ego, se introduce en todo nuestro hacer, también en nuestras relaciones con Dios, quisiera instrumentalizar a Dios, casi que Él tuviese que servir a la propia exaltación. La capacidad de distanciarse de este ego es indispensable para la auténtica relación con Dios. Es una virtud religiosa antes que moral.

La serenidad con la que María habla del “desprecio de sí” y del pisar la propia voluntad demuestra que ella con la abnegación no entiende el renunciar a los propios valores, sino de la libertad interior con la que debemos vivir. No se trata de renegar o retorcerse a sí mismo, sino de abandonarse en Dios en libertad.

Es interesante observar en qué contexto María escribe sobre el “desprecio” de sí mismo: “Animo, pues, ten gran confianza en Dios y desprecio de ti misma y verás cómo todo irá bien.” (C 17,4). Habla de un “buen espíritu” de abnegación, el cual guía todo a una buena salida. No recomienda por tanto el renegar de la vida, sino un camino para llegar a una existencia realizada.

Nosotras tenemos necesidad de la libertad interior para poder vivir de modo sano. Tenemos necesidad de una distancia sana de nuestro ego para no ser esclavos de eso. Al distanciarse interiormente del ego y de la propia voluntad, entramos en contacto con nuestro verdadero ser, descubriendo la imagen auténtica que Dios se ha hecho de nosotros.

María describe la libertad interior del propio yo como victoria sobre sí mismo. Usa por tanto imágenes deportivas. Quien vence a sí mismo, es el que está verdaderamente abierto a Jesús. Y si Jesús es nuestra

fuerza, “las cargas se hacen más ligeras, las fatigas suaves, las espinas se convierten en dulzura...” (C 22,21). La meta es por tanto la libertad interior y la dulzura.

La vida adquiere un gusto nuevo si nosotras nos vencemos a nosotras mismas. Si esta victoria no se gana “todo se hace insufrible y las malas tendencias, como pústulas, resurgirán en vuestro corazón” (C 22,21). Para María no se trata de perfeccionismo y ni siquiera de compromiso moral, sino de una buena salud del alma, de la libertad interior y de la alegría. Libres y alegres parecemos cuando logramos vencernos a nosotros mismos, cuando no somos dependientes de nuestros deseos infantiles e insaciables del propio yo.

Hacerse santos

Meta del camino espiritual es para María el hacerse santas. Ella exhorta con frecuencia a las hermanas a hacerse santas: “A nosotras religiosas, no nos basta con salvar el alma, debemos hacernos santas y santificar con nuestras buenas obras a tantas almas que esperan que les ayudemos.” (C 18,3). Hacerse santas no es por tanto un egocéntrico girar alrededor de uno mismo, sino un servicio a los otros. Para los griegos, sólo lo que es santo puede curar.

Hacerse santos quiere decir en primer lugar ser íntegros, poner todo lo que hay en nosotros a la luz de Dios y por Dios dejarlo transformar y sanar.

Santo es el que está enterrado al dominio de este mundo. Hacerse santo quiere decir por tanto custodiar y proteger en este mundo lo que es santo. Cada persona tiene en sí un espacio santo, el espacio del silencio en el que habita Dios. Este espacio está enterrado al dominio de este mundo. Si los religiosos protegen este espacio íntimo del Santo en sí mismo, entonces hacen el mundo más luminoso y más sano. De este santuario íntimo en su corazón puede surgir alguna cosa saludable para quien nos rodea.

María escribe que nosotras debemos hacer santas a otras almas. Si custodiamos el Santo en nosotras podemos abrir también a otras personas el acceso a su santuario íntimo. Y con esto les hacemos un servicio importante para su plena humanización.

Por qué cada ser se hace sano y verdadero si descubre el Santo que lo habita. Contribuir a hacerse santo quiere decir también que si las personas establecen una relación con Dios Santo y que así se hace familiar. Hacerle santas quiere decir llenarlas con el espíritu del Dios Santo.

Es Dios quien santifica. Pero María reconoce también nuestro deber en esto, es decir el compromiso de santificarnos a nosotros mismos y a los otros.

Debemos dejar obrar al Espíritu de Dios en nosotros. Por nuestro medio el Espíritu de Dios que sana y santifica, se vuelve también sobre los otros y les santifica.

Relaciones hacia las hermanas

En la comunidad de Saint-Cyr-Sur-Mer en Francia había verdaderos conflictos. Eran ocasionados por la nueva directora que algunas hermanas no habían aceptado. Por ello había tensiones en la comunidad. Es interesante constatar cómo afronta María el problema. En un primer momento pide de nuevo confianza en la directora: “Espero que ya habréis tomado toda confianza con vuestra directora, Sor Santina; es buena, ¡pobrecita!, ¿por qué no tenerle confianza?” (C 49,1). La verdadera causa de los problemas María no la encuentra en el carácter de la directora, sino en el hecho de que las hermanas ven todo negro: “Mirad, a veces nuestra imaginación nos hace ver cosas muy negras, mientras son totalmente blancas; éstas nos van enfriando con nuestras superiores y poco a poco se pierde la confianza con ellas.

Entonces, ¿qué sucede? Que vivimos mal nosotras y hacemos vivir mal a la pobre Directora” (C 49,2)

Decisivo para una buena relación con la directora y de las hermanas entre sí es el ser libres de cualquier proyección. Nosotras proyectamos enseguida sobre los otros lo que no somos capaces de aceptar en nosotros mismos. Y después vemos todo negro. No es la comunidad que es difícil, sino que nosotras la hacemos difícil con nuestras imaginaciones.

Quien tiene un corazón sencillo, ve en cada

persona el bien. Pero quien deja pasar lo negro al propio corazón, lo ve todo negro en los otros. Y piensa que no puede lograr vivir con eso.

En las cartas María, exhorta a las hermanas a caminar todas de acuerdo. El motivo por el que no se va de acuerdo con una hermana según ella está en las proyecciones: “a fin de cuentas son todo historias que nos metemos en la cabeza. Un hija que ama verdaderamente a Jesús va de acuerdo con todas” (C 49,6). Nuestras dificultades con las hermanas provienen del hecho que mezclamos sus problemas con los nuestros. A nuestras heridas no curadas se unen las emociones de las otras y resulta una mezcla de emociones de las que no podemos salir más. Y entonces nosotras deducimos que no podemos vivir con estas hermanas. Parece obvio lo que dice María: “quien ama a Jesús va de acuerdo con todas”, pero no es así. Quien tiene sus raíces en Jesús, consigue mantener una distancia interna de las actitudes inmaduras de las hermanas. No aceptará enseguida a todas las personas, pero así como no encuentra su consistencia en la hermanas sino en Jesús, no exigirá demasiado de ellas.

María condena las fantasías negativas que surgen en nosotras y que nos hacen pesada la vida. Así exhorta a las hermanas: “Mandadme pronto buenas noticias; recordad que quiero estéis alegres; pobres de vosotras si os dais a fantasear” (C 49,7). El término “fare almanacchi” indica “fantasear, devanarse los sesos de modo inútil y hacer suposiciones pesimistas sobre la realidad” (C 49, nota 5). María reasume todavía alguna vez sus deseos de manera humorística. La condición que permitirá a las hermanas poder vivir juntas es que se distancien de sus pensamientos y fantasías, que sean libres

de las múltiples proyecciones sobre los otros. Deben ver a cada persona así como es y no enfadarse por lo que detrás de sus palabras o su contenido pudiera esconderse. Quien hace suposiciones pesimistas sobre el otro, sólo ve lo negativo en él. El corazón sencillo tiene una mirada luminosa y positiva. Y con esta mirada ve el buen sentir en cada persona.

Nostalgia del Paraíso

Muchas veces en las cartas de María habla del Paraíso. Cuando se refiere a la muerte de una hermana, dice brevemente que ahora está en el Paraíso. Y alguna vez experimenta un poco de envidia que una hermana haya logrado ya llegar al Cielo. Paraíso significa para la Madre estar junto a Jesús y estar bien. En una carta escribe: “Me dices en tu carta que has visto muchas cosas bonitas en Roma, pero, mi buena sor Virginia, en el Cielo veremos cosas aún más hermosas. ¡Animo, esta vida es breve, procuremos ahora adquirir tesoros para el Cielo” (C 34, 2)

El fin de la vida para María es llegar al Paraíso. En las cartas expresa claramente que no tiene miedo de la muerte, más bien dice que ella algunas veces desearía ya estar con las hermanas en el Paraíso. Y a las misioneras lejanas escribe que probablemente no será posible que se puedan encontrar aquí en este mundo. La lejanía es muy grande. Ciertamente nos veremos en el paraíso.

A las hermanas recomienda prepararse bien a la muerte: “Debemos estar siempre preparadas, con las cuentas en regla, así la muerte no nos dará miedo” (C 33,3). También de la muerte escribe en tono confidencial y de humor. Ella no tiene miedo, sino más bien confianza con la muerte: “Mis queridas hijas, como veis, ¡de vez en cuando (viene) Doña muerte a hacernos una visita! (C 55,4)

De dos hermanas muy graves escribe: “Parece que la muerte se acerca para hacerles una caricia, pero las pobrecitas no quieren saber nada de esto” (C 55,3). La muerte tiene por tanto alguna cosa de afectuosa: acaricia a los moribundos. No viene como un monstruo terrible, sino como una mujer que nos trae un saludo de Dios. En estas palabras aparece claro que María integra la muerte en su vida, que el pensamiento de la muerte no le da miedo, sino que le invita a vivir consciente e intensamente.

El mensaje de la Santa para nosotros hoy

María Mazzarello no ha dejado una enseñanza sobre la cual se pudiese discutir doctamente. Sin embargo desde sus cartas se transparenta una espiritualidad que hoy tiene algo que decirnos. Es una

espiritualidad sencilla que habita en una persona que se ha hecho sencilla y clara a través del encuentro con Jesús.

Aparece en las cartas de Santa María Mazzarello un gran amor por Dios, por Jesús, por la Virgen María y por los otros. Este amor lo han percibido las hermanas; por ello han tenido gran confianza en ella.

Hoy corremos el riesgo de escribir e indagar doctamente sobre la espiritualidad. La espiritualidad de María es espiritualidad vivida. Y es sencilla porque surge de un corazón sencillo.

Ya la mística griega escribió sobre la sencillez del corazón. El corazón sencillo se hace uno con Dios. Y porque se hace uno, conoce sólo al uno: Dios, el verdadero fundamento de la vida. El corazón sencillo no tiene segundas intenciones: no quiere infundir respeto, no entiende servirse de Dios, sino que se entrega totalmente a Él.

Jesús habla del ojo sencillo y puro: “Si tu ojo está sano *-haplous* significa sencillo, limpio, - todo tu cuerpo estará iluminado” (Lc 11,34). El ojo sencillo ve las cosas como son, no mezcla las propias proyecciones al considerar la realidad. Ve sobre todo en la luz de Dios.

Para los Padres griegos la sencillez es la característica de una persona que ha experimentado a Dios, que a través de Dios se ha unificado en sí misma y con todo lo que hay en ella. Sencillez quiere decir que todo en mí está elevado a la comunión con Dios.

María no habla de teología mística. Pero la sencillez del corazón demuestra que ella ha experimentado a Dios y que nada de esto que es humano le es extraño.

Por eso puede hablar con amabilidad de las debilidades humanas, sin indignarse. Su espiritualidad no tiene el tono moralizante de quien condena la inobservancia de los mandamientos. Para María todo es natural: el amor de Dios, pero también las debilidades humanas. Si ella a menudo exhorta a las hermanas a superar las fantasías negativas es para cultivar también en los otros la sencillez del corazón.

Quien en su corazón y en su mirada es sencillo, con frecuencia ve a las personas en su verdadero ser. A través de la envoltura de los defectos psicológicos, ella sabe ver claro en el fondo del alma, cual es en cada una el deseo de bien.

La sencillez del corazón se capta en María también en el hecho de que ella busca sólo una cosa: amar a Jesús, gozar de su amor y hacer felices a aquellos que le son confiados.

Ella pudo expresar esta sencillez también con la palabra santidad. Sencillez y santidad van unidas. Santo es aquel que es sano e íntegro. Sencillo es el que es uno con Dios y consigo mismo.

A la sencillez pertenecen la pureza del corazón, la cual para los monjes antiguos era el fin de la vida espiritual y de la libertad interior. Pureza de corazón es, para Juan Cassiano, amor, un amor que no se mezcla con pretensiones posesivas y deseos infantiles. Quien ha llegado a la pureza del corazón está libre de todos los cálculos y las proyecciones. No se valora en proporción del afecto o del rechazo de los otros, ni siquiera de la medida de los éxitos o fracasos. Se considera y se valora solamente a partir de Dios.

Leyendo las cartas de María Mazzarello, el mensaje más importante para mí es este: “¡Hazte sencilla! ¡Confía en el amor! ¡No es tan complicado como tú piensas! ¡Ama simplemente y está alegre! La espiritualidad de María está libre de complicadas especulaciones. Es pura, libre de la mentalidad moralista y mezquina, que en el Ochocientos estaba tan difundida en el ámbito eclesiástico. Ella respira amplitud, alegría, sencillez y claridad.

En nuestro mundo complicado, el mensaje que hoy la Santa nos regala, para mí es este: Trata de elevar tu corazón y todo lo que hay en él, a la comunión con Dios. Verás como todo se hace sencillo y claro, como tú serás uno contigo mismo y con los otros. Si tu corazón se esclarece, se llenará de una alegría, que ninguna contrariedad de la vida podrá molestar.

Porque tiene su fuente en el amor de Dios.

No debes tener miedo de tus zonas de sombra, de tus defectos y de tus debilidades. También éstas

están inmersas en Dios. Por la fuerza de esta unión podrás cumplir con sencillez tu servicio y conducir a quien se te acerca a su verdadero ser, a su íntima unificación”.

[1] Monaco benedettino del Monastero di Münsterschwarzach (Germania).

Contributo preparato per la pubblicazione in lingua tedesca delle Lettere di S. Maria D. Mazzarello. Traduzione di suor Giovanna Zacconi, revisione di suor Gertrud Stickler.

[2] Cf Posada M. Esther Costa Anna Cavaglià Piera (ed.), La sapienza della vita. Lettere di Maria Domenica Mazzarello, Torino, SEI 1994.

5. PUESTA EN COMÚN Y DIÁLOGO

1. ¿Qué te llama la atención de lo leído sobre esta santa?
2. ¿Qué otra característica conoces de esta santa que puedas compartir?
3. ¿Cuál es el aporte significativo que puede darnos hoy? ¿Por qué?

Notas:

6. FINALIZAMOS LA REUNIÓN

1. Oración a M^a Auxiliadora

Ave María.

María Auxiliadora de los Cristianos. Ruega por nosotros.

7. FECHA PROXÍMA REUNIÓN Y LUGAR DE CELEBRACIÓN

Notas: